intención de atormentarle. Hace demasiado mi negocio para eso... Quiero aplastar á ese majadero de Cristián para hacer un ejemplo, pero el conde no sabrá nada y dentro de un año me llevará al altar en su perro país, que abandonaremos en seguida para siempre. Después compraré un hotel en los Campos Elíseos... el de la Paiva, por ejemplo... Mi destino habrá sido semejante al suyo, pues las dos habremos acabado en la aristocracia extranjera... Me instalaré como una princesa y recibiré artistas y *clubmen*... Lo difícil será tener mujeres, pero con tacto y buenas recepciones llegaré...

La Mauduit movió la cabeza y dijo :

— Tienes el genio de la seducción y acabarás por hacer servicios políticos.

Etiennette se echó á reir.

— ¿ Quién sabe ? Acaso llegue á ser un personaje histórico.

— No será por falta de haber tenido historias...

— El conde las interrupió llamando discretamente á la puerta.

— Querida, el señor Cristián Vernier está en el salón y quiere verte...

— Sí, ya sé de qué se trata... Tú tenías que salir, según creo...

— Sí, querría ir á Fontainebleau á buscar ese arnés que tú deseas...

— Pues hien, vete, estás libre.

— Entonces, hasta la noche.

Etiennette se volvió hacia la Mauduit.

— ¿Ves lo que te decía? Espérame aquí... Ahí tienes cigarrillos, una baraja y *sherry*... Yo voy á empezar mi campaña.

En el salón encontró á Cristián hablando con el

conde, que le presentaba sus excusas por tener que dejarle.

— Pero como es á la condesa á quien viene usted á ver, tengo menos escrúpulos...

Estrechó la mano de Cristián, que estaba algo cortado, y se retiró. Un instante después se oyó el ruido de su coche que se alejaba :

— ¡Se marchó! Tenemos dos horas para hablar.

— ¡Oh! ¡Etiennette!...

Cristián estrechó á la joven en sus brazos, pero ella se retiró suavemente y dijo :

— No, no lo decía para darte la señal de las familiaridades... Permanezcamos en nuestros sitios y nada de juegos de manos... Me alegro de que hayas venido, porque es preciso que hablemos.

— ¿De qué?

— De nuestra situación. Parece que crees que somos libres. Han pasado algunas cosillas desde que tuvimos el placer de vivir juntos. Tú te has casado y yo voy á hacer lo mismo.

— ¡Eso es absurdo!

— ¿Cómo absurdo? Tienes un modo de juzgar los actos ajenos que podrías aplicar á los tuyos.

— Bastante deploro lo que he hecho. Yo no he nacido para el matrimonio.

— Yo, en cambio, me dispongo á ser una excelente esposa.

— Etiennette, no te burles de mí...

— Querido, estás enteramente equivocado. Tengo intención de portarme perfectamente con el conde...

— Entonces, dijo Cristián brutalmente, el otro día...

— El otro día te precipitaste sobre mí como una bestia feroz y, la verdad, perdí la cabeza. ¿Podía esperar semejante cosa de ti? Lo cierto es que careces de

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" TECNOLOGICO DE MONTERREY

ilación en tus razonamientos. Envías á la gente á refrescarse á la Siberia y tú vuelves hirviendo del África... Sería bueno saber exactamente qué es lo que quieres.

— Te quiero á ti.

— No me pertenezco.

— Hazte libre.

— ¿Para qué?

— Para marcharnos juntos.

— ¿Es ese el proyecto del día?

La Dhoriel miró á Cristián con aire de compasión y le acarició la mejilla con su mano satinada.

— Vamos á ver, querido Cristián, es hora de ser un poco razonables. El otro día tuve la visita de tu mujer...

Cristián palideció, apretó los dientes y dijo, mirando á Etiennette con estupor:

— ¿Se ha atrevido á presentarse aquí?

— Con tu padre, amigo mío. ¿No te lo han dicho!

— Se han guardado muy bien. ¡Cómo! ¡Han dado un paso semejante!

— Sí... Estaban inquietos por tu estado de espíritu y preocupados al saber que yo estaba aquí. Tu mujer venía á rogarme que te cerrase mi puerta.

La cara de Cristián se puso roja.

— ¡Me toman por un niño y me vigilan? ¿Van á encerrarme? ¿Estoy loco?

— Tu mujer parece temer que llegues á estarlo.

— Y así será si sigo viviendo en las condiciones en que estoy... Oye, Etiennette, esto no puede seguir así. Es preciso no conocer mi carácter para creer que podría acomodarme á esta vida regular, burguesa y fastidiosa... Me falta la paciencia y no podría soportar un mes más estos días vacíos y estas noches monótonas...

Toda esa gente que me rodea se resigna á una pasividad de buey al que están cebando... Comen, beben, duermen, y creen que viven... Yo no puedo más; necesito otra cosa, quiero algo nuevo, divertido, inédito, original, aunque deba pagarlo con todo lo que tengo. He llegado á tal extremo de nerviosidad y de fiebre, que quemaría mi casa para tener la distracción de verla arder. Etiennette, tú que sabías comprenderme tan bien, no seas cruel conmigo. No hay más que tú, bien lo sabes, para sacudir mi sopor... No me abandones... ¿Sabes lo que me pasa cuando me creo condenado al horrible aburrimiento! Me tienta la embriaguez y pienso en ir á emborracharme en un rincón, para no pensar, para dormir como un bruto... He tratado de ocuparme, de trabajar, y entonces, en vez del aburrimiento, se apodera de mí el asco. Tengo horror á este oficio de « vendedor de veneno » como llaman á mi padre los que le envidian y le detestan porque es rico... Sí, tengo horror á todos esos toneles y á todas esas botellas y me dan ganas de destruirlo todo, porque es realmente veneno lo que contienen y si me diese á beber me mataría... ¡Vamos á ver! Tú me has tenido cariño y no has podido perdérmelo por completo. Ten piedad de mí, olvida lo que ha pasado y vamos á darnos cita en París para no seperarnos más.

Etiennette se sonrió.

— ¡Qué bien arreglas las cosas! ¿Y el comisario de policía?

— No conoces á mi familia. Me dejarán en paz por miedo al escándalo.

— ¿Y si cambias otra vez de idea? Yo tengo mi conde, que vale un mundo.

— Yo te daré la suma que tú misma fijes.

— ¡Ah! Tanto me dirás!...

Cristián la volvió á coger en sus brazos. Estaba tan tentadora, que el entusiasmo del desgraciado tenía explicación, ya que no excusa. La Dhoriel inclinó hacia él sus ojos llenos de languidez y su boca húmeda. Toda su persona respiraba la voluptuosidad. Cristián quiso estrecharla con más fuerza, pero la joven se desprendió prontamente, prorrumpió en una carcajada y su fisonomía de apasionada se volvió irónica.

— ¡Ah! Llegarías á embrujarme si yo no me defendiera. ¡Malvado! ¿Ya te creías vencedor? No tan de prisa, mi querido amigo... Gato escaldado del agua fría huye... Ya hablaremos de todo esto. El conde te quiere mucho; puedes venir cuando se te antoje.

Cristián movió la cabeza con aire preocupado y dijo:

— Etiennette, haces mal de jugar con mi razón... ¡Cuidado!...

— ¡Ah! ¿Ahora me amenazas? Tú eres el que debe tener cuidado... Mira, el tono de melodrama no te sienta bien... Volvamos á la comedia y hasta al sainete... Eso nos conviene más.

El joven conservó su actitud de desesperación.

— ¡No comprendes la gravedad de lo que te he confiado!

— Sí, pero no consiento en tomarlo por lo trágico. Dices que te fastidias; trata de no ser fastidioso.

— ¡Etiennette! Si fueras prudente, no me despreciarías...

— Bueno, mañana hablaremos de todo esto.

La joven se levantó y Cristián la siguió triste y como cansado.

— Debe de ser un curioso espectáculo el de todos esos toneles y esas botellas de que me hablabas hace poco... Quisiera verlo... ¿Se puede ir á verte á la fábrica sin escandalizar á todo el personal?

— ¡Oh! sí, ven á verme... Allí estaremos cómodos para hablar... Y si te decidieras, en una hora, con mi automóvil, estaríamos en Montereau, y desde allí donde tú quisieras...

— ¡Un rapto! ¡Ah, poeta! Pero si tu padre está allí...

— No va nunca de día... Estaremos solos. Ven mañana... Te espero... ¿Vendrás?

— ¡Ya estás entusiasmado!... Bueno, veremos... A eso de las tres, baja á la orilla del Sena...

— Etiennette, no faltes á la cita.

— Una simple visita, como la del inspector que va á comprobar los alcoholes... ¿Y si llevase al conde conmigo?

— ¡Le ahogo en un tonel de ajenjo!

— ¡Eres feroz! Pero, en fin, recobras el gusto de la existencia... Anda, vete, y si esta noche sueño cosas agradables, hasta mañana.

Cristián la abrazó por el talle y la joven se dejó besar, pero dijo en seguida como volviendo en sí:

— ¡Me olvido!... ¡Ah, canalla! Eres todavía dueño de mí... ¡Vete!... Vete!...

Y en la actitud de una mujer que está próxima á perder la cabeza, le empujó hacia la puerta. Cuando salió, le tiró un beso y huyó como si temiese no poder resistir á su pasión.

Cristián subió en su automóvil y á un paso muy lento tomó el camino de Gourneville. De todo lo que le había dicho Etiennette resultaba un hecho: su mujer y su padre habían ido á Dammarie y su mujer había implorado á la Dhoriel. ¿Era por esto por lo que Etiennette se oponía á sus pretensiones? ¿Qué habría dicho Genoveva y qué respuesta habría oído? No le extrañaba que su mujer y su padre no le hubiesen

dado cuenta de aquel paso extraordinario, pero veía en su silencio y en la actitud de Etiennette la prueba de que había un acuerdo contra él. Sabía cómo pagaba Vernier cuando había urgencia y lo que se podía obtener de Etiennette mediante un buen precio. Se estremeció de cólera al pensar que su fantasía estaba imposibilitada por esa probable negociación. ¿ Era él un chiquillo para que se arreglase así su conducta? ¿ Esperaban llevarle de una oreja, sin que él lo notara, y reirse luego de su credulidad? Instintivamente apresuró la marcha del automóvil, para explicarse pronto con su padre y con su mujer. En el acuerdo de Genoveva con Etiennette veía una afrenta para él. ¿Á qué se mezclaba en sus asuntos con evidente olvido de su dignidad? Llegó á Gourneville como una tromba, pero al entrar en el vestíbulo recobró un poco de prudencia y comprendió que interrogando á su padre iba á provocar una explosión de reproches que no le dejaría saber nada. Se decidió, pues, á hablar con Genoveva, que estaba leyendo en su salón. Al primer golpe de vista la joven observó que Cristián tenía la cara contraída y nerviosa de los días de crisis, y palideció creyéndole beodo. Pero su modo de andar la tranquilizó, aunque su emoción era visible. Incapaz de contenerse, Cristián reveló la causa desde las primeras palabras.

— ¿ Cómo es, querida Genoveva, que he sabido indirectamente la arriesgada visita que habéis hecho mi padre y tú al conde Steingel?

No se atrevió á decir á la Dhoriel, y Genoveva observó ese matiz, que probaba en Cristián un resto de delicadeza. La joven respondió :

— No es al conde á quien hemos ido á ver, sino á la persona que vive con él y á quien tú conoces bien...

La calma de Genoveva enfureció á Cristián.

— Precisemos, puesto que lo quieres, exclamó. Habéis ido á casa de Etiennette Dhoriel, mi antigua querida.

— ¿ Cómo lo sabes?

— Ella misma acaba de decírmelo.

— ¡ Luego sales de su casa!

— Lo que es menos sorprendente en mí que en ti...

Genoveva se levantó, pálida, pero firme, y tocó el timbre eléctrico.

— Entras, querido Cristián, en un orden de ideas que hace indispensable que tu padre oiga lo que se va á decir aquí, pues se pueden pronunciar palabras irreparables, de las que él debe ser testigo y, si es preciso, juez.

La doncella se presentó.

— Ruegue usted al señor Vernier que suba en seguida y quédese abajo, pues no la necesito por ahora.

Genoveva daba muestra de tal sangre fría, que la rabia de Cristián se aumentó con el sentimiento de su inferioridad. Tuvo conciencia de que su mujer le dominaba moralmente y hasta creyó descubrir en sus ojos el desdén.

— Veremos, dijo, cómo explicas que una mujer tan aferrada á los principios de la honradez haya ido á casa de una Dhoriel...

Genoveva no se dignó responder y se quedó en pie y rígida delante de la chimenea, esperando con la frialdal del mármol en que se apoyaba. Pero si Cristián hubiera sido capaz de atención hubiera oído su respiración anhelosa por los latidos de su corazón. Sonaron unos pasos rápidos y apareció Vernier. Al entrar vió á su hijo frenético de cólera y á Genoveva altiva y grave.

— Padre mío, dijo Genoveva, le he hecho á usted llamar para que me ayude á explicar á Cristián los mo-

tivos que nos han obligado á aquella visita que tanto nos costó y que él me reprocha como una incorrección y casi como una falta.

— ¿Sí? Pues es tupé, exclamó rudamente Vernier, con su familiaridad habitual. ¿ Crees tú que nos hemos decidido á ir á ver á esa ciudadana por curiosidad ó para divertirnos? Nada de eso. Hemos querido saber á qué atenernos sobre sus intenciomes respecto de ti y ya lo sabemos. El paso nos pareció penoso á los dos, pero no lo sentimos, pues la Dhoriel se ha mostrado de una entera franqueza y ha aclarado la situación.

Cristián procuró que su voz no temblase y que su cara sonriese.

— ¿ Y se puede saber qué os ha dicho?

— No hay inconveniente. La Dhoriel no oculta que te tiene un odio mortal, que quiere hacerte expiar el bofetón que fué para ella el que la dejaras públicamente y que no retrocederá ante nada para ponerte á merced de su capricho. Si encuentras el programa simpático, es que eres aún más estúpido de lo que yo suponía.

— Papá, dijo Genoveva, háblele usted con calma y con dulzura. Es el solo medio de que nos oiga.

— Todo eso es falso, repuso Cristián. No creo ni una palabra

Su mujer le echó una mirada llena de piedad.

— ¡ Pobre Cristián! ¡ Pobre niño enfermo!... No acuso á tu corazón ; es tu inteligencia la que está á obscuras, pero nosotros debemos iluminarla. Á mí sola, Cristián, á mí sola, esa terrible mujer ha hecho sus confidencias. Me habló con cínica audacia y me hizo estremecerme con su implacable ferocidad. ¡ Te aborrece, Cristián, y no te perdonará jamás! Créeme, no mentiría en este momento ni para arrancarte á ella. Si persistes en escucharla, te perderá y así me ha dicho

que se lo propone. Te arrancará á nosotros, te arruinará, te envilecerá, y después se reirá de ti y te arrojará á la calle como un trasto viejo. Esta es la verdad que tu padre y yo hemos sabido al precio de la más amarga humillación. Esa mujer no cedió á mis ruegos. No conoce más que el orgullo ni obedece más que á su odio. Ya lo sabes. No puedes dudar de mi palabra ni de la tu padre. ¡ Un momento de lucidez, Cristián! ¿ Qué tiene esa mujer para que se sacrifique todo por ella?

Cristián hizo un ademán de desesperación.

— ¡ Abandonadme ! dijo. ¡ No os ocupéis más de mí! ¡ Dejadme á mi vicio y á mi locura!

Genoveva se irguió y pareció crecer.

— ¡ Eso, nunca! He asumido al casarme contigo la responsabilidad de tu regeneración moral y no faltaré á mis compromisos. Recuerda lo que pasó la víspera de nuestra boda, cuando quise devolverte tu libertad. Estabas lleno de pesar y de vergüenza y tuve piedad de tu debilidad porque te amaba. Tú adquiriste aquel día compromisos conmigo y es preciso que los cumplas. La situación es hoy la misma, pero mis derechos son más grandes, porque ahora soy tu mujer. No hay más que un medio de arrancarte al odio de esa enemiga implacable : la fuga. Vámonos lejos de aquí. Yo respondo de curarte.

Cristián gimió :

— Si me curas de esa mujer, no me curarás del vicio que ella me ha dado... ¡ Bien sabes que beberé para olvidar!

— No, te curaremos física y moralmente á la vez... Tengo los medios... El doctor Angogne los pone á mi disposición... Basta con que me sigas... Tu padre lo ha preparado todo... Su yate nos espera y encontrarás

en el mar el reposo y á mi lado la seguridad... Respondo de traerte dentro de un año dueño de ti mismo y dichoso.

Cristián se sintió de nuevo dominado por la confianza y la energía de su mujer.

— Pues bien, dijo levantándose, si lo que me decís es cierto, si esa desgraciada ha resuelto hacer de mí un juguete, te doy mi palabra de que no resistiré á tu deseo y me marcharé contigo. Pero quiero asegurarme antes de que me representa una comedia y eso me será fácil.

Vernier hizo un movimiento de inquietud.

— ¿Qué quieres hacer? Explícame tu proyecto.

— No me preguntes nada. Déjame libre. No pido más que veinticuatro horas. Mañana á esta hora estará resuelta la cuestión.

— Cuida de no dejarte engañar...

— No; tengo los ojos abiertos con lo que me habéis dicho. Quiero saber la palabra de este enigma. Si esa palabra es el odio, pobre de la que me lo haya hecho adivinar.

Su cara expresó la sospecha y la maldad.

— Pero si los que me engañáis sois vosotros...

— Estamos tranquilos, dijo Vernier con fuerza, pues nos consta lo que hemos afirmado. ¿Quieres veinticuatro horas de plazo?...

— Sí.

— Pues bien, fuertes con nuestro derecho y nuestra conciencia, te las damos, aunque debas emplearlas contra nosotros.

— Sí, Cristián, añadió Genoveva, y Dios quiera que esta prueba sea decisiva.

Cristián hizo un gesto de resolución.

— Tendrá que serlo forzosamente.

XII

Al día siguiente, á las dos y media, Cristián estaba sentado en la hierba, en la orilla del río, esperando á Etiennette, como había prometido. Emmelina, Vernier, Vertemousse y Raimundo se habían ido á una expedición que debía durar todo el día. Cristián sabía que Genoveva, habiendo prometido dejarle libre, no iría á molestarle. Estaba, pues, absolutamente exento de todo temor y esperaba la llegada de su querida. La conocía bastante para saber que habiendo prometido ir á la fábrica y cualquiera que fuese el motivo de su fantasía, nada le impediría presentarse en ella á la hora convenida. Mientras veía correr el río, Cristián se esforzaba por poner en claro su situación y hacía descubrimientos inesperados. No podía disimularse que, hacía un año, la actitud de Etiennette había ofrecido singulares variaciones, y las revelaciones de Genoveva y de Vernier daban una claridad particular á las acciones de aquella mujer. ¿Cuál era en realidad el sentimiento que obligaba á Etiennette á ocuparse de él? Durante dos años no había podido dudar que fuese el amor, pues el capricho de aquella muchacha, conocida por su aspereza con los